



LA COSECHA

Adriano Rojas Castro

—Móntate León, que voy a la huerta— le señala al niño el traqueteante asiento del tractor. León se sube sin mediar palabra. Tiene un moreno de barro, de campo. Espigado como el trigo, fino como una judía verde. Y callado, silencioso como misa de entierro.

Ya se lo comentó a Paulino: —Ese niño es astuto como un zorro en un gallinero. — Paulino había meneado la cabeza, los juicios de Ángel flotaban como capas de polvo, solo hacía falta abrir la ventana y... En cambio esta vez su impresión había persistido, solidificado; hablando del niño primero y de los padres después. Urbanitas: Renault, bolsas de Mercadona, barbacoas en el jardín. Simpáticos, sí, pero como turistas al fin y al cabo ¿Cuánto aguantarán? Él aventuró diez meses, Paulino catorce. Una apuesta privada esta vez, por respeto al niño, por supuesto; solo para el cotilleo de los viejos. De haberles escuchado, Eufemia habría fruncido el ceño. Pero claro, también habría cocinado, lavado los platos y tendido las sábanas bajas. Eufemia, que en paz descanse.

Han pasado ocho meses y la familia ha aguantado las heladas castellanas, ha visto brotar la hoja de la higuera y se ha bañado en el embalse. Los granos de trigo ya forman dunas doradas en las eras, seca la paja en las naves y los pepinos y tomates han sido despachados a Andarejo. Ahora tocan los melones alargados, las redondas sandías del campo de seco.

El tractor serpentea colina abajo. El niño se mantiene erguido. Frente a ellos los campos parecen cubiertos por una película de oro, tras de sí una nube de polvo desciende sobre la jara. El niño está serio, más que de costumbre.

—¿Qué pasa?— inquiera Ángel, removiéndole el pelo negro y desordenado, como un estropajo. El niño mira al frente y no responde. Difícil hacer reír a León. Ni siquiera los chistes verdes funcionan ¿Los entenderá?

—A su edad ya se entienden esas cosas— había indicado Paulino ¿Esas cosas también? Ángel no estaba seguro. La verdad es que otros niños parecían entenderlas; pero también que los otros niños no se acercaban nunca a su huerta.

Ya le había preguntado por su pandilla, lo típico que se le pregunta a los niños. Pero a León no le gusta el fútbol, no le interesa la vaquilla, no le tira piedras a la Isabelita. Quiere estar tranquilo.

—¿Tranquilo cómo?— le había preguntado.

—Sin gritos, sin empujones, sin peleas— respondió el niño, mientras arrancaba los rastrojos de malas hierbas. Mejor no preguntar más. Aquel día le dio una buena propina para que se comprase algo, pero el niño no come chucherías.

En el huerto el niño se sienta cerca de la acequia, a la sombra de una encina. Hace montañitas de piedras mientras él recorre el campo. Los melones aun no están listos. Durante una hora recoge las sandías más maduras y las apila en una caja en un pequeño remolque que ata al tractor. Después riega las plantas. A pesar del sombrero y de llevar solo un mono rojo, suda copiosamente. Tiene sed. León se ha acercado a las sandías y trata de moverlas, ha derrumbado los montículos de piedras.

—Nos merecemos un premio— Ángel saca un largo cuchillo y, agachándose al lado del niño, coge una sandía. Tiene una marca amarillenta y un agujero, probablemente un picotazo ¿Grajo? ¿Estornino? No se podrá vender. Separa la parte comestible.

—¡Qué color!— exclama León ¿No ha visto nunca una sandía? Pero tiene razón, la sandía gotea como si aún estuviera prendida de la planta: brotan perlas de líquido azucarado que la tierra se traga. Esa tierra, seca y escarlata como garganta de cerdo.

El niño devora la sandía. Él, a su lado, sentado en el suelo, le pasa un pedazo tras otro.

—Les vas a dar envidia a la pandilla ¿No León?— El niño deja de comer y mira fijamente la tierra. Un chorrillo de jugo se le escurre por la barbilla. —Que las sandías del huerto de Ángel no tienen comparación. Igual tienes que venirte a Andarejo conmigo. Y las vendemos ¿Eh, qué te parece? Te ganas un dinerillo— se anima, se imagina pasando más tiempo con el niño ¿Qué diría Eufemia?

—No me van a dejar ir— dice el niño secamente, soltando la cáscara y secándose las manos en la tierra.

—¿Y eso? Si somos buenos amigos— Ángel le sonrío, le pasa su mano seca por los hombros y le da un par de collejas, leves, como solía hacer su padre cuando niño.

—Ya no querrás ser mi amigo— el niño se levanta y se acerca al tractor, dónde se le queda esperando a pleno sol.

Ángel entiende que el momento ha acabado. Hubiese querido más ¿Más qué? Tiempo, tiempo del niño. Pero conoce la vida el agricultor, su vida cíclica. Tira los restos de sandía y asegura el remolque. Emprenden el camino de vuelta.

Al enfilear el pueblo se alza una densa columna de humo. —¡Fuego, fuego!— grita alguien. Ángel acelera, pasa la plaza. El niño dice algo, pero no lo escucha. —¿Qué?— Para el tractor en su calle. Una casa arde: su casa. Mira al niño y este le devuelve la mirada, moreno, serio.

—Que no querrás ser mi amigo— repite León. Y salta del tractor. Se aleja lentamente, dejando a Ángel sentado, aún con las manos sobre el volante, e ignorando a los vecinos que corren con cubos desbordantes y arrastrando largas mangueras por la calle.

Sobre la verde piel de las sandías resbalan negras gotas de agua.